

CARLOS GONZALEZ C.



19

VEN Y SIGUEME

EDICIONES PAULINAS

Colección
VIDA CRISTIANA
Nº 19

Ven y sígueme

Carlos González

EDICIONES PAULINAS

Cierto día había mucha gente que se apretaba alrededor de él para escuchar la palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. Vio dos barcas amarradas al borde del lago. Los pescadores habían bajado y lavaban las redes. Subió a una de las barcas, que era la de Simón, y le pidió a éste que se apartara un poco de la orilla; luego se sentó en la barca y empezó a enseñar a la multitud.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: "Lleva la barca a la parte más honda y echa las redes para pescar". Simón respondió: "Maestro, hemos trabajado toda la noche sin pescar nada, pero porque tú lo mandas, echaré las redes". Y al hacerlo, pescaron tantos peces que las redes estaban por romperse.

Pidieron por señas a sus compañeros que estaban en la otra barca que vinieran a ayudarlos. Llegaron, pues, y llenaron tanto las dos barcas, que por poco se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrodilló ante Jesús, diciendo: "Señor, apártate de mí, porque soy un pecador".

Pues, tanto él como sus ayudantes estaban muy asustados por la pesca que acababan de hacer. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón.

Pero Jesús dijo a Simón: "No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres". Entonces llevaron sus barcas a tierra, lo dejaron todo y siguieron a Jesús (Lc. 5,1-11).

© Todos los derechos reservados

EDICIONES PAULINAS, Vic. Mackenna 10.777, Santiago

Impreso en P.S.S.P.

Diciembre 1977

Impreso en Chile - Printed in Chile

Con un equipo de sacerdotes diocésanos hemos reflexionado sobre las vocaciones sacerdotales. Este documento de trabajo ha terminado de redactarse en la fiesta de san Andrés, el apóstol que, como dice el Evangelio, "condujo a Jesús a su hermano Pedro" y después pasó a un plano silencioso y discreto.

La intención nuestra ha sido "conducir a Jesús" porque creemos que "no hay más que un mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, que se entregó como precio de la libertad de todos" (I. Tim. 2,5).

Creemos con el Cardenal Suhard que "la eficacia sacerdotal es ante todo asunto de espiritualidad que no se encuentra en medios externos o en devociones superficiales. El sacerdocio se basta a sí mismo, siempre que el sacerdote haga de su sacerdocio el centro, el ideal de su vida, siempre que lo tenga como la fuente primera y original de su pensamiento y de su acción".

"El sacerdote no tiene para que buscar una mística sacerdotal fuera de sí, sólo tiene que deducirla".

Estos tres temas están pensados para las vocaciones sacerdotales diocesanas que siempre estarán centradas en la caridad pastoral, en la inserción en el mundo y en una relación directa con el Obispo cuyo sacerdocio se prolonga por los sacerdotes.

Talca, 30 de noviembre de 1977.

A QUIENES LLAMA DIOS AL SACERDOCIO

Después de la pesca milagrosa en el lago, Jesús llamó a los primeros discípulos a ser "pescadores de hombres". Ellos dejaron la familia, las barcas, "lo dejaron todo" y lo siguieron.

Así va llamando a sus seguidores y el "ven y sígueme" se va escuchando en sus labios. El joven rico no respondió al llamado "porque tenía muchas riquezas" y así "se fue entristecido". Otro que quiere acompañarlo recibe esta respuesta: "Tú quédate y anuncia las maravillas de Dios".

Jesús pasa y llama a sus colaboradores siendo verdadero lo que El dijo: "No me eligieron Uds. a mí. Soy yo quien los eligió a Uds".

Esta es la eterna historia de las vocaciones sacerdotales. Es un llamado gratuito de misericordia y sólo El sabe a quien quiere en este servicio de amor.

Jesús llamó a los primeros sacerdotes. Actualmente es El quien sigue manifestándose a través de la Iglesia.

1. *La Vocación*

Toda vocación tiene un sentido social porque los llamados de Dios están siempre interrelaciona-

dos e interesan a todo el Pueblo de Dios. Los consagrados a Dios están relacionados con el servicio al mundo; el matrimonio se complementa con la virginidad; la contemplación se enriquece con la acción. A la inversa, la acción adquiere profundidad en la contemplación; la virginidad se enriquece con la vida de los matrimonios, etc. Por esta razón el sacerdocio está insertado en la globalidad de las vocaciones humanas.

Todos estamos llamados a seguir a Jesús y vivir el Evangelio en forma seria y radical. En algún momento de la vida será normal pensar en la consagración exclusiva a Dios; pero esta señal de generosidad, no siempre coincide con un llamado verdadero de Dios.

El sacerdocio y la consagración a Dios son sólo para algunos, para "los que El quiere", como dice Jesucristo.

La vocación es en primer lugar un llamado y un don. Es una elección personal de Dios. Es El quien llama y elige. Dios llama por una iniciativa gratuita de su amor.

La fe nos dice que los llamados de Dios van a lo profundo del corazón humano y tienden a transformar radicalmente a las personas, creando hombres y condiciones nuevas y originales.

En toda vocación o llamado de Dios aparece en forma consecuente la respuesta de aceptación o de rechazo y surge siempre el sí o el no de la voluntad humana.

El profeta Samuel responderá: "Habla Señor que tu siervo escucha" y por esa respuesta de amor nace el profeta que ungirá al rey David.

María dirá al ángel Gabriel que la llama a ser la madre de Cristo: "He aquí, la esclava del Señor" y todo el milagro de la Encarnación vendrá por esa respuesta generosa.

San Pablo exclama: "Señor, ¿qué quieres que haga?" y en esa pregunta nace esa vida sacerdotal que todos conocemos.

Y así continúa la historia de las vocaciones hasta nuestro tiempo.

2. *Criterios básicos*

Para muchos jóvenes la vocación suele confundirse con un sentimiento de generosidad. Es frecuente escuchar esta frase: "Siento que Dios me llama a ser sacerdote" y, a la inversa, también se oye decir: "Yo no tengo vocación porque no siento el llamado".

En épocas anteriores hubo serias controversias sobre lo que constituye la vocación al sacerdocio. La Iglesia, única autoridad competente, en 1912 entregó una declaración que dice: "Una inspiración de parte del sujeto no es necesaria; una inclinación sentida, los consuelos sensibles no son condiciones de vocación. El conjunto de condiciones suficientes para una vocación lo constituyen la recta intención, las capacidades intelectuales y morales, la ausencia de impedimentos graves".

Y en esta declaración la Santa Sede se preocupa "de la necesidad de ponerse en guardia contra un atractivo interior que no es ni suficiente ni necesario".

Esta doctrina es reiterada en la encíclica de Pío XI sobre el sacerdocio: "No será difícil darse cuenta

de quien tiene o no verdadera vocación. Esto, más que en un sentimiento del corazón, en un atractivo sensible, que a veces puede fallar, se revela en la recta intención de quien aspira al sacerdocio unido a aquel conjunto de dotes físicos intelectuales, morales que lo hacen idóneo para tal estado".

En los documentos eclesiales se afirma que se requieren "signos positivos" de vocación, no siendo suficiente la ausencia de contraindicaciones.

3. Concretización de estos criterios

En el discernimiento de una vocación es de suma importancia saber distinguir el sueño de la realidad, el "querer ser" de lo que realmente es. Esta objetividad evitará prefabricar vocaciones con los consiguientes daños a las personas y al bien común.

Surge la pregunta: ¿Cuál es el conjunto de dotes físicos, intelectuales y morales que hacen idóneo a un joven para el sacerdocio? ¿Cómo se aplican concretamente los criterios entregados por Pío XI?

La idoneidad se puede medir si se la radica en ciertas áreas de la vida de la persona, como individuo y como integrante de una comunidad. Así, por ejemplo, existe una *idoneidad psico-fisiológica* que se puede medir por la existencia de cualidades humanas y condiciones físicas como: el buen criterio, la mesura en los juicios, el sentido común, cierto grado de inteligencia y una salud física compatible con la vida sacerdotal.

Una persona de mal criterio, descontrolado en los juicios, no podrá ser un buen sacerdote. El sujeto ensimismado, sin posibilidad de trabajar en

equipo, sin una disposición comunitaria o social no es apto para el sacerdocio.

Se puede también hablar de una *idoneidad social* mínima donde la normalidad en el hogar y en la historia familiar son importantes para el desarrollo y afianzamiento de la personalidad. Por esta razón la Iglesia coloca dificultades para el sacerdocio a los hijos ilegítimos o de adulterio.

Existen excelentes sacerdotes nacidos en familias mal constituidas; pero siempre se tratará de excepciones. La experiencia ha mostrado la importancia grande de la familia en una vida sacerdotal.

Junto con las condiciones humanas se requiere una *idoneidad moral* y un conjunto de valores cristianos. Aparece obvio que un futuro sacerdote debe ser un hombre honrado, con un sentido de justicia y de verdad. Quisiera insistir en una virtud que se llama *lealtad*. Es la sinceridad consigo mismo y con los otros. Es la sinceridad en decir lo que se piensa y significa una transparencia en el modo de ser y de vivir.

Entre las condiciones morales será necesario considerar *la posibilidad de vivir en una castidad consagrada por amor*.

El celibato significa una donación de amor universal que lleva consigo la soledad y la ausencia de una familia, una esposa y los hijos.

Aquellos que por temperamento excesivamente sentimental no pueden vivir en estas condiciones harán mejor en no pensar en consagrarse a Dios en amor exclusivo.

Aquel joven que ha vivido una vida erotizada en la que el sexo ha ocupado un rol activo preponderante, hará mejor en buscar otros caminos de vida

cristiana. Es verdad que san Agustín, san Ignacio tuvieron una juventud borrascosa; pero son excepciones demasiado calificadas.

La castidad es una virtud que se va educando y debe ir en maduración permanente; pero se requiere una base humana que haga posible consagrarse a Dios en esta forma de vida. Un celibato posible no significa un celibato fácil porque renunciar a la alegría de un hogar significa una cruz muchas veces dolorosa y difícil.

Finalmente, la idoneidad significa la profundidad del *espíritu*. Es un "algo", muchas veces indefinible; es la profundidad para entender la calidad del amor escondido en una consagración a Dios y en un servicio sacerdotal.

Consagrarse a un Dios invisible; descubrirlo en la oración y en la esperanza, presupone una profundidad de espíritu que muchos difícilmente podrán percibir.

Por no haber puesto suficiente cuidado en este aspecto, la Iglesia ha tenido que lamentar la realidad de algunos sacerdotes y consagrados que no saben tratar las cosas santas con delicadeza y con respeto porque carecen de esta profundidad interior. Aquel que es "vulgar" o grosero en sus sentimientos, aquel que es mediocre en su corazón, hará mejor en no escoger esta misión que presupone tal profundidad y delicadeza de espíritu. Es un don de Dios con el cual se nace y que no se puede improvisar.

4. *Las motivaciones fundamentales*

Entre las razones fundamentales para escoger el sacerdocio se ve necesario constatar:

a) *Una relación vital, personal y verdadera con Jesucristo.* Es haber encontrado el rostro de Jesús y haber iniciado una amistad con El, sin la cual la vocación sacerdotal es simplemente un absurdo.

El sacerdocio se entiende por amor a Dios en primer lugar. La explicación está en Jesús y en El se encuentra la plenitud. Sin esta relación vital el sacerdocio es una soledad y un vacío sin sentido.

b) *Espíritu de donación orientado hacia el apostolado.* Significa haber orientado esa inmensa capacidad de amor que existe en todo corazón hacia el servicio de los otros.

Verdad válida en toda vocación; pero hay diversas acentuaciones en la donación y en el amor. Un político se sacrifica por la transformación de la sociedad y las estructuras. Es diferente la vocación de un sociólogo, de un economista, de un psicólogo. Todos deben dar amor; pero con matices o acentuaciones diferentes.

Un sacerdote entrega su capacidad de donación en una acción apostólica, al servicio de las personas. Es un pastor; como Jesús, que debe dar su vida por salvar, ayudar y comprender. Esta vocación apostólica es determinante y constituyente porque configura la personalidad de quien vive esta vocación con honestidad.

c) *Amor y Solidaridad con la Iglesia.* Es haber entendido que la Iglesia es comunión y comunidad. Es comprender que el sacerdocio se vive a través de la Iglesia y que toda vocación sacerdotal es un servicio de Iglesia y no una vida personalista. Es el amor a la Iglesia el que da esta posibilidad y evita sacerdocios individualistas que son contrasignos al sacerdocio de Jesús.

El sacerdocio es por Jesús, por amor a El y por una razón apostólica de donación. El sacerdocio se vive en la Iglesia y no habrá una base seria para pensar en una vocación sin estas motivaciones fundamentales.

5. *Falsas motivaciones y el rol de los psicólogos*

En el discernimiento de las vocaciones habrá que constatar que no exista una evasión de la vida buscando refugios o seguridades. El arribismo deseoso de subir en la escala social, el deseo de ganar dinero o prestigio para sí o para su familia, constituyen igualmente contraindicaciones serias para una vocación sacerdotal.

Cuidado con la utilización del sacerdocio para ideologías políticas, ya sean de derecha, ya sean de izquierda y cuidado con huir del matrimonio por fracasos sentimentales o por temor a las responsabilidades de un hogar.

Algunas falsas motivaciones se expresan abiertamente; pero con mucha mayor frecuencia estas razones subyacen en procesos mentales subconscientes sin que las personas lo sepan de una manera clara y definida.

Puede darse una "vocación de refugio". Es el joven que tiene vocación de seminarista o de novicio; pero que no está llamado a una consagración adulta y madura.

El psicólogo tiene la tarea importante de ayudar a clarificar los casos de total incompatibilidad con una consagración a Dios; pero su mejor aporte será ayudar al candidato a descubrir o mejorar sus

razones para escoger el sacerdocio o la vida consagrada. Las motivaciones son dinámicas y susceptibles de ser mejoradas y el psicólogo, compenetrado del sentido de una vocación sacerdotal o religiosa, podrá ayudar enormemente a clarificar y mejorar las razones de esta elección.

La psicología deberá ayudar a que las personas vean los problemas con mayor claridad. Más importante que un test psicológico, que es necesario, será el apoyo personal que ayuda a crecer y mejorar las motivaciones.

6. *¿A quiénes llama Dios al sacerdocio?*

Las reflexiones anteriores son necesarias; pero el que llama es Dios y El supera todas nuestras categorías.

Dios llama a quien quiere y muchas veces El no llama a los "inteligentes y sabios de este mundo" sino que llama a los humildes y a los sencillos.

Es Dios quien llama a servirlo en su Iglesia. Es una vocación de servicio y no de dominación. Es un llamado para servir y no para realizarse y requiere olvidarse de sí mismo para pensar en los otros.

El sacerdocio es vocación de misericordia y no de méritos. Presupone humildad en el corazón, disponibilidad y una buena voluntad muy grande.

El sacerdocio es para prolongar a Jesús al gran Evangelizador y cada sacerdote será el servidor de la Palabra y de la Eucaristía. Será el animador de las comunidades cristianas y su misión será ser sal de la tierra y levadura en la masa.

Entender el sacerdocio es difícil y con razón el Cura de Ars sostiene que aquel que entendiere bien el sacerdocio morirá de amor.

El sacerdocio significa prolongar a Jesús en la tierra, perdonar como El, servir y amar como El. Todo esto es una gracia de Dios. Será posible entenderlo entrando y viviendo esta vocación. Con la ayuda del Señor se irá descubriendo esta vida en el amor.

I I

LA MEDULA DE LA VIDA SACERDOTAL

La vivencia de mi propio sacerdocio me ha llevado a analizar la formación que recibí en el Seminario. Además, en los quince años que trabajé en un Seminario Mayor tratando de colaborar en la preparación de los futuros sacerdotes de la Iglesia—donde fui testigo de tantas crisis, superadas unas, mal solucionadas otras—tuve también que enfrentarme al mismo tema.

1. *Un esquema en crisis*

Hemos vivido muchos años centrando la formación sacerdotal en “las prácticas de piedad”, con todo un esquema de horarios, de normas ascéticas, etc., con el cual se daba como axioma seguro que “la repetición de actos engendra hábitos”.

Se nos entregó una estructura sacerdotal para defendernos de los peligros del mundo: la fragilidad de la carne, los halagos del poder, las tentaciones del dinero. En este esquema, la sotana constituía una buena barrera defensiva, y la prohibición de asistir al cine una excelente norma que nos ayudaría a centrarnos en la tarea sacerdotal.

En suma, una espiritualidad con una enorme cuota de mecanismos defensivos, válidos, tal vez,

para un régimen de cristiandad que no es el que vivimos ahora.

La espiritualidad defensiva nunca será respuesta verdadera y lo más que puede alcanzar será la supervivencia; pero no un desarrollo sano y normal de crecimiento. Los mecanismos defensivos o negativos pueden servir para momentos especiales, pero no constituyen caminos de vida. Tal vez, ahí se encuentra uno de los grandes escollos de la formación sacerdotal clásica. Tiene una gran cuota defensiva que es apta sólo para un sistema en el cual todo es favorable y no registra lo adverso.

Es un esquema válido para un Seminario, para un convento donde el ambiente es protegido; pero pierde validez cuando se encuentra en la cruda realidad de un ambiente no cristiano en el cual viven millones de cristianos.

No estoy contra "las prácticas de piedad", los horarios y todo el mecanismo ascético de nuestros seminarios; sólo observo que los sacerdotes diocesanos están en la línea de la caridad pastoral que es la del servicio al mundo en el que están insertados. Así vive el Obispo con quien estos sacerdotes tienen una relación directa e inmediata.

Los tiempos han cambiado y no vivimos en un régimen de cristiandad. Con el Concilio Vaticano II la Iglesia toma una conciencia renovada de que es continuadora de la misión de Cristo que vino "no a juzgar, sino a salvar al mundo". La Iglesia del Vaticano II aparece al servicio del hombre: "de todo el hombre y de todos los hombres".

Por esta razón el Vaticano II aparece abriendo puertas y ventanas, quebrando un esquema demasiado centrado en normas y decretos; pero el esquema

ya estaba resquebrajado y hacía agua. Antes del Concilio ya se había producido la crisis de tantos que dejaron el ministerio sacerdotal; vivíamos una paralización mental de la que sólo dejaré constancia sin entrar a analizarla por no ser del caso hacerlo ahora.

El estilo de vida que alienta el Concilio Vaticano II pide una espiritualidad capaz no sólo de hacernos sobrevivir, sino más aún, de hacernos crecer en medio de una vida cargada de tensiones y en un mundo saturado de materialismo en el que Dios, a pesar de ello, siempre está presente pero de un modo escondido, a veces difícil de encontrar.

Necesitamos una espiritualidad adecuada para crecer en el mundo, en la vida, en el apostolado, en la realidad agitada y compleja en que viven los sacerdotes diocesanos.

2. *La Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros*

La espiritualidad que vitalizará y renovará las prácticas y esquemas de formación tradicional es la de Cristo "que se hizo hombre por nosotros; la de san Pablo para quien "el vivir es Cristo" ya que "no soy yo quien vive sino Cristo quien vive en mí" como lo confiesa en una de sus cartas. Así está escondida la médula más profunda del camino sacerdotal que se propone en estas reflexiones.

Estamos llamados a la Santidad porque "Dios nos ha elegido desde toda eternidad para que seamos santos delante de El... por Jesús (Ef. 1.4). La santidad está basada en Jesucristo o no tiene sentido. El es "La piedra angular del edificio". "El es

la vid y nosotros los sarmientos" y "separados de El nada podemos hacer".

Los cristianos hemos entendido y aceptado este mandato de Dios; pero el camino escogido muchas veces ha sido voluntarista, basado casi exclusivamente en el esfuerzo personal.

Hemos olvidado que el camino de la santidad se encuentra a partir de la vida misma y arranca de la realidad del ser humano, de su propio corazón, porque allí está el propio Dios que lo habita.

La doctrina de la Gracia Santificante recibida en el bautismo, nos lleva a esa tremenda realidad: Dios habita en nosotros. Esa es la palabra de Jesús: "Si alguno me ama vendremos a él y haremos mansión en él".

Es un regalo extraordinario y Dios ha querido que seamos hijos. Somos los templos vivos de Dios ya que somos habitados por El.

Antes se usaba la expresión "colocarse en la presencia de Dios" y nos enseñaron que, para rezar, era necesario estar con esa Presencia y ahí está la veta que dará respuesta a nuestro problema actual.

Se trata de redescubrir la esencia de la vida cristiana: la adopción de hijos de Dios recibida en el bautismo por la gracia. La participación de la naturaleza divina, la incorporación a Cristo y la presencia real de Dios en el corazón. Son las grandes verdades derivadas de la Encarnación de Jesús hecho hombre para redimirnos.

Dios habita en nosotros. No sólo somos hijos de los hombres; somos hijos adoptivos de Dios. El es nuestro huésped interior permanente.

Esta doctrina podría aparecer pasiva si no se descubren los elementos dinámicos que llevan a la *identificación con Jesús* y que permiten a san Pablo

afirmar que "hemos sido injertados en Cristo" y que es necesario "revestirse de Jesús y de sus sentimientos".

3. *Jesús y nosotros*

Jesús encarnado ha muerto y ha Resucitado. Todo por amor para salvarnos; pero no le basta y quiere continuar en la tierra su gran amor hacia el Padre.

La Obra maestra de Jesús es el Cuerpo Místico, El Cristo total que es Cristo unido a los millones de cristianos que han existido y que existirán en la tierra. El amor completo de Jesús es su amor unido a los millones de corazones que seguirán amando y glorificando al Padre hasta el final de los tiempos. Solamente así pudo saciarse la sed infinita del amor de Cristo por su Padre.

Es hermosa la expresión de un santo que coloca en los labios de Jesús este pensamiento: "Hijo, dame tu corazón para que, por él y en él, unido a tu vida, quiera, o, más bien, queramos ardientemente al Padre; dame tu boca para que juntos cantemos sus alabanzas; dame tu espíritu, tus ojos, tus manos, tu ser todo. Quiero en ti y por ti vivir como una segunda vida, toda de amor, que sea el complemento y la prolongación de mi vida en Palestina".

La vida personal ya no tiene un horizonte pequeño porque es continuación de la vida de Jesús en nosotros; ideal capaz de transformar toda nuestra vida. Se trata de que Jesús viva nuestra vida y de ofrecerse para que El viva su vida en nosotros. No es invitar a Jesús a que baje a nuestro corazón

para hacernos mejores. Lo que importa es que El viva su vida para hacer realidad el pensamiento de san Pablo: "Vivo, más bien no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gál. 2.20).

Es la oración de la Santa Misa: "Por Cristo, con El, y en El es para ti Dios Padre todo honor y toda gloria, en la Unidad del Espíritu Santo". Es lo que permite decir a san Pablo "tengo en el corazón los mismos sentimientos de Jesús". Así san Agustín pudo escribir "el corazón de Pablo es el corazón de Cristo". El corazón de los santos será siempre el corazón de Jesús porque en ellos está cimentado y enraizado el mismo Jesús.

4. *El corazón identificado con Jesucristo*

Es la raíz de toda vida cristiana y en especial de una vida sacerdotal. Es el retrato de san Pablo con toda su fuerza apostólica y su enorme importancia en la vida de la Iglesia. En un corazón identificado con Jesús, poco a poco, se va reproduciendo la oración del mismo Jesús.

Se olvidará de sí mismo y su adoración, adquiriendo dimensiones infinitas, se unirá a la de Cristo y de todo el Cuerpo Místico.

Amará con pasión a Dios, por Jesús y en su Nombre; amará a los hombres y mujeres del mundo con los sentimientos de Jesús.

Aquí mueren los repliegues egoístas, el perfeccionismo y las santidades personalistas. Todo deja lugar a Jesús que le da sentido nuevo a la vida.

Las relaciones con María, madre de Jesús, adquieren un sentido diferente; y el amor y devoción

a María tiene un sentido y una profundidad extraordinaria.

Deja de vivir para sí y empieza, paulatinamente, a vivir sólo para Jesús. Llegará a una profundidad tal de amistad con El y así penetrará a la vida de la Trinidad, al Padre y al Espíritu Santo.

Proceso lento, silencioso; acción de la gracia que transforma y diviniza todo. Es la invasión del Amor que llega hasta lo más hondo del corazón y hace profundas transformaciones.

Ya no es el amor mezquino, mezclado de egoísmo. Ahora es el amor de Jesús que anima y unifica toda la vida. Es el amor que exclama: "Mi Dios y mi Todo".

Este camino conduce al abandono, a la simplicidad, a la paz. Es el camino de la humildad, de la confianza y de la felicidad verdadera.

La flecha directriz de esta senda es la espiritualidad "cristocéntrica" que lleva a decir con san Juan: Bautista: "Conviene que El crezca y que yo disminuya" (Jn. 3.20).

Este es el camino de todo cristiano; pero, de un modo especial, el de un sacerdote.

"Exteriormente su vida es la de Cristo Jesús. Todas sus funciones oficiales, la misa, la administración de los sacramentos, las oraciones litúrgicas, ¿no son acaso, una vida en el nombre de Cristo? Todo sacerdote fiel a su vocación lo comprende. ¿Cómo, entonces, no aspirar a conformar su vida interior con su vida exterior? ¿Cómo no desear con toda el alma, revestirse de Cristo lo más plenamente posible; ser también Cristo en el interior; volverse semejante a la hostia que cada mañana se transforma en Cristo? Una espiritualidad que resu-

me y sintetiza toda la vida en esta transformación en Jesús, en esta identificación con El, ¿podría no impactar en el corazón de un sacerdote? Parece que ha de ser esta la espiritualidad por excelencia de toda alma sacerdotal”.

“Nos quejamos a veces que haya tan pocos hombres de Dios. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, que al principio daban muchas esperanzas, parecen detenerse en el camino y nunca llegan a la perfección. Y se procuran descubrir las causas. Nos preguntamos si éstas no se encontrarán, a la par de las demás, en el género de espiritualidad que se les ha dado. No hay razones para disimularlo: algunas espiritualidades parecen detenerse al principio de la vida unitiva. Han ayudado al alma a purificarse, a adquirir virtudes cristianas hasta cierto grado. Felizmente le han hecho recorrer las etapas de purificación e iluminación. Deberán llevarlas más allá. A caminos mayores. Hacer salir el alma de sí misma y hacerla vivir sobre todo de unión. Si se quiere enseñar a no volverse sobre sí misma, es necesario mostrar lo que es el gozo de Dios. Por lo menos habría que iniciar la vida unitiva. Se necesitan, para llegar a las cumbres, algo más positivo, un ideal más noble y más sublime. Por desgracia, por carencia de este ideal, muchos corazones sacerdotales se detienen poco a poco en su carrera y terminan por estacionarse”.

“Si se les hubiere propuesto o al menos dejado entrever, las grandes ideas de san Pablo, una vida en el nombre de Cristo, hubiera habido muchas probabilidades de llevar a la santidad al menos a los más generosos de entre ellos. Por esto recordamos la espiritualidad de san Pablo como complemento

de las demás espiritualidades, muchas de las cuales ganarían sobremanera si fuesen completadas por esta espiritualidad unitiva. En sí son muy buenas, pero acaban, por decirlo así, a la mitad del camino de la santidad. Unidas a otra espiritualidad de identificación con Cristo, serían instrumentos poderosos de santificación” (P. Jaegher).

5. *Perspectivas:*

La doctrina de la gracia y la habitación de Dios en el corazón; la identificación con Jesús lleva a una respuesta global de la vida sacerdotal. San Pablo vivió en su tiempo una vida agitada en medio de problemas, tensiones y dificultades. Fue un sacerdote misionero. Pudo decir que era “el prisionero de Cristo” “crucificado con Cristo, completando en su cuerpo la Pasión del Salvador”.

San Pablo será siempre uno de los modelos del sacerdote diocesano; un itinerante de los caminos; animador de las comunidades cristianas de su tiempo. Es el misionero enviado para evangelizar a los gentiles, a los griegos, a los romanos. Vivió problemas de justicia en las relaciones de los esclavos con sus señores. Supo de las luchas sociales y de los problemas de los derechos humanos de su tiempo. Trabajó por la liberación integral del hombre.

Con razón la Iglesia lo llama “El Apóstol” entre comillas.

Este sacerdote del inicio de la Iglesia nos muestra un modelo y un ejemplo de espiritualidad totalmente adecuado y actual para el sacerdote diocesano que vive enclavado en el mundo desarrollando su servicio de pastor.

Esta orientación evitará repetir la historia del hombre que no tenía traje adecuado en la fiesta del rey que narra san Mateo en el capítulo 21.

Es el drama del hombre invitado al banquete que es expulsado violentamente por no llevar el traje conveniente. El invitado no aceptó el traje que ofrecía el dueño de la fiesta a todos sus comensales y prefirió quedarse con su traje propio. Allí se presenta la concepción de una espiritualidad egocéntrica que se basa en el esfuerzo personal, en el amor propio. Era un personalista, tal vez exteriormente perfecto; pero construido sobre sí mismo. Muestra el peligro de tantos cristianos disfrazados de Cristo pero no "revestidos de Cristo", idea central de las cartas de san Pablo.

Más que trabajar en adquirir virtudes, se trata de revestirse de Jesús. Más que cultivar hoy la pobreza y mañana la humildad, habrá que pedir la gracia y trabajar para que Cristo viva su vida en nosotros.

Más que montar un andamiaje basado en recetas o en fórmulas, más que un perfeccionismo espiritual, habrá que partir del corazón del hombre, de esa realidad profunda: somos templos de Dios, habitados por su Presencia y por su Gracia.

En esta orientación se encuentra la solución de fondo al problema sacerdotal diocesano que debe trabajar al servicio del mundo con todas sus complejidades; partir desde el fondo del corazón y transformarlo todo en vida, energía y amor.

Las prácticas de piedad son necesarias, los horarios son útiles y la ascética es indispensable. Sin disciplina y esfuerzo no hay sacerdocio posible y es un grave error pensar lo contrario.

Valorando todos estos medios es necesario colocar todo el camino de formación y de crecimiento sacerdotal en esta perspectiva, en los rasgos del rostro sacerdotal de Jesús se realizan de una manera plena y alegre.

Los rasgos de Jesús se dibujarán en el corazón sacerdotal y así podrá servir con plenitud y alegría a la Iglesia y a quienes le fueron confiados.

En esta concepción encuentran plena explicación los sacramentos que celebran los sacerdotes. Nosotros consagramos a Jesús en la Santa Misa y decimos: "Esto es mi cuerpo y Esta es mi Sangre". Estas palabras pueden ser repeticiones mecánicas de un sacramento enteramente válido o pueden ser la celebración de un sacramento en el cual se refleja el corazón y el amor de Jesús.

Igual cosa sucede con el perdón. "Yo te perdono los pecados" dice el sacerdote y ese pecador queda liberado porque Cristo le dio su perdón a través de los labios sacerdotales. Si esas palabras salen de un corazón identificado con Jesús tienen mucho más que un sentido mecánico como sería el caso del sacerdote funcionario o sin amor.

Lo mismo sucede con la Palabra de Dios. Puede ser una palabra humana, ilustrada, inteligente; pero que no se quede sólo en lo humano o puede ser la Palabra de Jesús que pasa por un hombre identificado con El.

La vida sacerdotal se entiende en esta espiritualidad y en esta línea todo concuerda y se hace pleno. Así también se entiende lo sucedido en la vida del célebre Abad Dom Columba Marmion. Llegó a celebrar la misa a una iglesia y al preguntarle el sacristán por su nombre recibió esta respuesta: "Dí-

gale al párroco que Jesús ha venido a celebrar la Eucaristía y eso basta”.

6. *Jesús, la Iglesia y el Mundo*

Algunos podrían creer que en estas orientaciones está subyacente una gran evasión al no referirse directamente a la Iglesia y a la Humanidad.

Sería señal de no haber entendido que sí Jesús vive en nosotros, toda la vida adquiere una dimensión de Iglesia ya que Jesús se prolonga hoy en su Iglesia, su cuerpo “extendido y comunicado”.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Jesús y el hombre identificado con El necesariamente tiene una visión de Iglesia, porque identificarse con Jesús significa amar su Iglesia. Jesús e Iglesia son realidades inseparables e indisolubles.

Sucede algo parecido en la relación con la Humanidad, porque quien entiende esta línea llega a entender al mundo con la misma mirada de Jesús. Entenderá los problemas de justicia, pobreza y violencia, con los ojos y los criterios de Jesús.

En ese corazón identificado con Jesús encontrarán eco las grandes preocupaciones de la humanidad y su vida será una respuesta evangélica y esperanzada a toda la vida humana.

El hombre que edificó su casa sobre roca puede superar el temporal; pero aquel que construye sobre arena será barrido por la lluvia.

Sólo construyendo en Jesús, la roca firme, la piedra angular los edificios se mantienen sólidos y

esta orientación, basada en la persona viva de Jesús, en la línea de san Pablo y de todos los santos, es la única orientación capaz de superar las crisis, las dudas y los fracasos.

La línea de la identificación con Jesús es una línea coherente que da respuesta global y unificante a una vocación sacerdotal.

III

EL CORAZON SACERDOTAL DE JESUS

La identificación de Jesús que vive en nosotros, es la espiritualidad cristiana fundamental. Tiene una resonancia mayor en los sacerdotes y se ajusta a ellos de una manera muy determinada y especial.

Para profundizar esta orientación sería positivo contemplar lo que ha hecho Jesús; reflexionar en la Iglesia, la comunidad de amor que El nos dejó; en los Sacramentos por los cuales El nos da su gracia; en sus Palabras de vida y de verdad.

Propongo otro camino: meditar en el corazón de Jesús para encontrar la más profunda realidad del sacerdocio del cual la Iglesia, los Sacramentos y la Palabra son sus expresiones.

Existen tratados de teología sobre el sacerdocio; pero con frecuencia acentuamos demasiado el quehacer sacerdotal y sus expresiones, descuidando las razones más profundas de la vida sacerdotal.

Es verdad que el servicio de la Palabra y la Evangelización constituyen la primera prioridad sacerdotal. Los Sacramentos, en especial la Eucaristía y el Perdón, son inherentes al ministerio; pero siempre será en el corazón de Jesús en donde encontraremos la raíz y la fuente del sacerdocio.

1. Jesús, el Enviado

Jesús no viene a hacer su voluntad sino la voluntad del Padre que lo envió. Por esta razón dice:

"Mi doctrina no es mía sino del Padre que me ha enviado". "Mi alimento consiste en hacer la voluntad de quien me envió". "He venido a hacer tu voluntad"; "Padre que no se haga mi voluntad sino la tuya"...

Jesús piensa de este modo porque es un Enviado. Su vida es para Otro, el Padre y no está orientada hacia sí mismo.

Atraviesa las dificultades y recorre su vida pensando en su Misión. Es tentado por la ambición del poder, por un reino temporal. La eficacia puede inquietarlo; pero salva al mundo por la cruz y no por los milagros porque ésa es la Voluntad de quien lo ha enviado.

Su palabra final, en el Calvario, "todo está consumado" es la expresión de una vida enteramente entregada al Padre, una vida que no es para sí mismo.

Jesús dice "*como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros*" y así recalca y define el sacerdocio católico.

El sacerdote es el hombre que debe vivir para hacer la voluntad del Padre y para sus hermanos los hombres. No significa que la vida hay que hacerla "contra" la propia voluntad, como si sistemáticamente debiéramos hacer lo que no nos agrada; pero sí significa dejar de pensar en uno mismo,

El sacerdote es el hombre que vive o debe vivir para la gloria y alabanza del Padre, para realizar una misión. Debe vivir intransablemente en el amor,

buscando sostener viva la fuerza del amor, más allá de lo que "siente" o "le interesa" superficialmente.

Este envío y esta misión adquieren especial relieve frente a una generación empapada en la idea de su "propia realización".

Estamos en presencia de una generación que busca su realización en lo que cada cual cree mejor para sí mismo, basándose muy poco en el querer de Dios. Constatamos la realidad de una generación que habla mucho de "mi vida" de lo que "me realiza" y parece haber olvidado que "quien pierde su vida la encuentra" y que la vida es para darla creando felicidad y no para gastarla en forma egoísta. Tal vez aquí está la raíz de la desorientación de tantos jóvenes que no encuentran una carrera o un destino en sus vidas. Aquí radica la causa de los fracasos matrimoniales que buscan "la realización personal" olvidando que no pensar en los otros será siempre un camino de fracaso.

Jesús, el Enviado del Padre, nos muestra un camino totalmente diferente al enfoque egocentrista de la vida.

Un sacerdote será siempre un hombre enviado por Dios. Será "un camino que se utiliza y que se olvida". Será un instrumento para llegar a Jesús y nada más.

Olvidar estas vivencias de Jesús será perder el sentido del sacerdocio que es una vida de servicio para Otro y no para sí mismo. Por el contrario, vivir la Misión y el Envío da a la vida una claridad y fuerza extraordinaria.

2. *El Buen Pastor que da la vida por los suyos*

Jesús se autodefinió: "Soy 'El Buen Pastor' que da la vida por sus ovejas". Es el pastor que deja las 99 ovejas para buscar a la oveja descarriada. Es aquel que conoce y conduce a sus ovejas que lo escuchan y lo siguen.

Jesús vivió su verdad: estuvo con sus discípulos incansablemente educando, orientando y abriendo caminos de esperanza; estuvo con los de su ciudad natal, con ricos y pobres; con los pecadores, con los orgullosos y con los humildes. Acompañó a los niños, a los enfermos, a los entristecidos. "Habiendo amado a los suyos los amó hasta el final" y dio su vida en la cruz por amor. San Pablo al decir que Jesús "me amó y se entregó por mí" ha hecho una excelente definición de Cristo.

El entiende y personaliza a todo aquel que encuentra en el camino. Logra darle dignidad y respeto a los débiles, a los pecadores y a los humildes. Abre caminos de libertad, rompe las cadenas de los esclavos, trae la buena noticia a los pobres. "Todo lo hizo bien" porque tiene un corazón de pastor y no es un asalariado o un funcionario. Supo vivir toda una vida al servicio del amor.

En esta vivencia del Buen Pastor se encuentra una de las razones de ser del sacerdote diocesano, impregnado de la *caridad pastoral*, característica determinante y definitoria del clero diocesano.

El sacerdote diocesano buscará los caminos del Señor en medio de la vida de los hombres: saldrá a la búsqueda del que está lejos; sabrá acompañar a las personas, acogerlas, apoyarlas con un cariño verdadero y desinteresado.

No es un personaje impositivo que siempre pretende tener la razón y a quien todos deben obedecer. No es señor feudal, tampoco es un patrón. Sólo es un Servidor que sabe escuchar, acoger, esperar.

Ser pastor y vivir la caridad pastoral significa el olvido de sí mismo hasta el heroísmo. Es un llamado a la santidad sin restricciones y hasta las últimas consecuencias. Es la vocación a la radicalidad. Ese es el ejemplo de Jesús.

3. *El adorador del Padre*

Jesús vive en una permanente adoración de Quien lo ha enviado. Se retira a orar a "un lugar solitario", de noche o de madrugada, y no va a un lugar "sagrado" para orar con su Padre. Así su oración de abandono y entrega total, la hace en el huerto de Getsemaní.

Jesús va rindiendo culto al Padre con su vida y en su vida. Se ofrece entero a su Padre y "pierde" su vida para dar leal cumplimiento a la misión que su Padre le encomendó: entregar su cuerpo y su sangre en la Última Cena.

Jesús realmente ofrece su Cuerpo y su Sangre. Todo es consumado con la Cruz uniendo las palabras con la realidad. Hace de su cuerpo y de todo su ser un acto de alabanza y culto a Dios.

El Evangelio nos muestra a Jesús como fiel observante de las prescripciones judías sobre el culto a Dios; pero que enérgico aparece frente al legalismo exterior de los fariseos. Permanentemente va contraponiendo el cumplimiento exterior con la relación interior, con su Padre.

Coloca la virtud de religión en el corazón del hombre, en lo más profundo del ser: "se acerca la hora en que no daréis culto al Padre ni en este monte ni en Jerusalén... se acerca la hora, o mejor dicho ha llegado, en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre con espíritu y verdad" (Jn. 4. 21-23). No presenta una religión exclusiva en los templos, en los ritos establecidos. Va entregando su Palabra y su oración en los campos, en la orilla de los lagos, en las aldeas, en la vida diaria.

Jesús llama a los sacerdotes a ser adoradores del Padre. Nos pide ser los hombres del templo, "los guardianes o centinelas de la casa de Dios". Nos pide celebrar los sacramentos y sobre todo la Eucaristía con amor y con alegría. Nos llama a celebrar la Palabra; pero nos ruega que la hagamos "con espíritu y con verdad" lo cual significa hacer de la vida y del culto a Dios una sola unidad.

Los sacerdotes vivimos en un mundo que fácilmente establece una relación comercial con "la divinidad", con un ser supremo sin nombre, a quien recurre en la necesidad, en quien pretende influir ofreciéndole sacrificios o dinero; pero que olvida fácilmente que Dios está en la vida corriente y rutinaria de todos los días. Esto sucede porque fácilmente el hombre olvida adorar "en espíritu y en verdad" porque le resulta más cómodo "cumplir" algunas normas exteriores y así tranquilizar su conciencia.

Esta dualidad de vida es fácil de apreciar en algunos ambientes juveniles en donde existe generosidad y el deseo de un mundo mejor que el actual; pero son ambientes en que se anhelan ansiosamente cosas que anulan esos valores. Se vive una vida re-

ligiosa traducida en algunas prácticas, y una vida diaria donde difícilmente Jesús tiene un lugar. Y así, la vida juvenil queda absorbida por un vivir centrado en el éxito, en la competencia, en pasar de curso, en trabajar para obtener dinero y así poder "pasarle bien". Así lo sagrado aparece distorsionado de "la vida" que de hecho, se desarrolla sin una Presencia de Dios.

En Jesús lo sagrado no se identificó con un lugar determinado o con prácticas religiosas. Se preocupó del respeto y amor al templo y lo vemos arrojando a los mercaderes que han profanado la casa de Dios; pero Jesús nos da además otras dimensiones de lo sagrado. El consagra la persona humana y ve en cada hombre a un templo de Dios. Para El es sagrado el ser humano y presenta los valores de la libertad y de la verdad como valores sagrados de la sociedad y de las personas.

Cada época y cada generación sacraliza valores y tiende a construir ídolos. Los fariseos sacralizan la ley, las ceremonias y los ritos de su tiempo. Jesús les presentó la oración y lo sagrado en "espíritu y en verdad". Hoy día será tarea sacerdotal destruir los actuales ídolos y presentar la verdadera y eterna adoración al Padre Dios en espíritu y en verdad.

4. *Jesús llama y congrega a su Iglesia*

En el corazón sacerdotal de Jesús late la gran preocupación de llamar hombres para incorporarlos a la construcción del Reino. Así congrega a los 72 discípulos y así escoge al colegio apostólico de los 12.

Jesús siempre va construyendo su Iglesia, la comunidad de los cristianos.

En su camino va constantemente llamando e invitando; El acoge e impulsa, envía; recibe a todos; a todos escucha; a cada cual lo llama personalmente y a misiones diferentes. En él resuena la vida de los hombres, hay en El un sentido de acogida, de comunidad.

La ofrenda de su vida tiene esta dimensión: "Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros".

Esta apertura y disponibilidad del Señor, su buena voluntad para acoger y reunir hacen la Iglesia de los cristianos.

En un corazón sacerdotal este anhelo permanente de Jesús no puede quedar sin respuesta.

Tener sentido de Iglesia, de comunidad y apertura, es una nota fundamental del sacerdocio.

Siempre viviremos escuchando este llamado a vivir esta dimensión eclesial del corazón sacerdotal de Jesús. Vivimos hoy día un tiempo en que hay poca hospitalidad o acogida porque cada cual va buscando "su" felicidad y muchos hombres valiosos, muchos jóvenes, ven que su obra, sus dones, no tienen un lugar y no son aceptados. El individualismo, la eficiencia, la "práctica", el hacer cosas, muchas veces sin conocer su sentido, hacen vivir o más bien "sobrevivir" a cada cual en su celda, sin que el mundo que lo rodea le despierte curiosidad o deseos de abrirse a él.

La competencia, por muy libre que sea, mata el sentido de comunidad. Si transformo al otro en mi competidor, mi interior se mueve a ganar, a superarlo y no a colaborar juntos en algo común.

Cuántas crisis matrimoniales, cuántas desavenencias entre padres e hijos; entre vecinos y com-

pañeros de trabajo, se evitarían si nos preocupáramos de vivir abiertos a los demás para acoger, recibir, interesarnos por la vida y el quehacer de los demás.

El sacerdote está llamado a ser el hombre que, al igual que Jesús, va haciendo el hogar de los desvalidos, de los despreciados, de todos los que no tengan quien les reciba y les quiera tal como son. Tarea apasionante: recibir a los hombres, ayudarlos a descubrir sus dones, los llamados de Dios en sus vidas, e intentar hacer juntos la Vida, construir un mundo mejor. Así se hace la Iglesia, la prolongación viva del sacerdocio de Jesús en el tiempo.

5. *El contemplativo de la vida*

Jesús vivió en Nazareth y el Evangelio casi nada nos dice de ese largo y misterioso tiempo.

Leyendo su Palabra, meditando los hechos de su vida sus comparaciones e imágenes se puede concluir que esos 30 años forjaron un corazón contemplativo. Supo mirar la vida, la naturaleza, los hombres, de tal modo que todo le hablaba de Dios. Podía penetrar el corazón humano, fijar su atención en los detalles de la vida, en las caras simples de los hombres. En una siembra, en un grano de mostaza, en la levadura del pan, en la hierba que crece con el trigo, en un banquete, en la vida corriente, mostró una presencia de Dios a los hombres de su tiempo.

Se destaca principalmente su mirada sobre las personas. ¿Qué valora Jesús de los hombres, qué toma en cuenta, qué cosas lo entristecen? Hay aquí un mundo escondido. Mirar la vida y las personas

con la mirada de Jesús, con sus criterios, es conocer una realidad maravillosa. Jesús mira con cariño, con deseos de comprensión; no mira para enjuiciar y sacar en cara; mira el interior de las personas y no su apariencia externa; va al fondo del corazón humano para ver que hay allí de bueno o necesitado de redención. Jesús mira por igual a todos; tienen igual dignidad el mendigo y el adinerado; el poderoso y el débil; la autoridad y el esclavo; el niño, el joven y el adulto.

Sus criterios de valor son especiales y diferentes a los criterios "mundanos". Jesús valora la humildad, la pobreza; alaba a la viuda que lo da todo, aprecia al publicano que pide perdón; capta la humildad del pecador arrepentido, la del hombre desvalido. Rechaza el dinero como un dios que domina la vida y que aparta del Dios verdadero. Jesús da seguridad al hombre despreciado, le brinda su compañía y apoyo, Zaqueo, Leví, Magdalena, la mujer adúltera, son ejemplos vivos de esta realidad.

Jesús presenta una escala de valores nuevos y originales. Muestra una concepción de la vida en que cada hombre tiene igual dignidad y porque una sociedad en que se debe amar al enemigo y tender la mano al caído. Su parábola del buen samaritano y su trato a los hombres de su tiempo muestran una mentalidad basada en el sermón de la montaña que propone todo un programa de vida absolutamente original y propio.

Su mirada sobre la vida, y sobre los hombres, ha nacido del fondo de su corazón sacerdotal.

¡Qué necesario es recordar esta mirada sobre el mundo en una sociedad que está trastocada en sus valores!

¿A quién se le ocurre hoy día que la humildad es una virtud, una fuerza digna y llamativa de cultivar? ¿Quién cree que en el afán apasionado por el dinero, en una lucha violenta por tener cosas, prestigio, consideración, hay un camino equivocado, que al final mata y desespera?

Hoy día una buena proporción de la juventud vive mirando la Universidad como la fuente de la vida; porque ella, según creen, da un título, un nombre, una dignidad. Les cuesta entender que la vida surge de amar universalmente a amigos y enemigos; que la vida auténtica y feliz, se alcanza cultivando la humildad; mirando y tratando a todos por igual; viendo el interior de los hombres, sin juzgar, buscando la verdad del otro.

La vida va mostrando en los hechos la verdad de Jesús; se ve el fracaso de tantos que viven en la búsqueda de la "propia" felicidad; el quiebre espiritual de un país que vive en la competencia y no en la unidad, en la sospecha y no en la confianza.

La vida de Jesús, su acción, su mentalidad, son consecuencias de su verdad interior. Aquel que olvide estas verdades, sacerdote o laico, vivirá distorsionado. Lo que brota del corazón es lo que vale y lo que permanece.

Y así, partiendo del corazón sacerdotal de Jesús, de sus vivencias más profundas, encontraremos la respuesta a lo que debe ser y hacer un sacerdote hoy.

Que el Espíritu Santo nos ilumine y que María nos ayude.

I N D I C E

	Pág.
Presentación	7
I. A QUIENES LLAMA DIOS AL SACERDOCIO	
1. La Vocación	9
2. Criterios básicos	11
3. Concretización de estos criterios	12
4. Las motivaciones fundamentales	14
5. Falsas motivaciones y el rol de los psicólogos	16
6. ¿A quiénes llama Dios al Sacerdocio?	17
II. LA MEDULA DE LA VIDA SACERDOTAL	
1. Un esquema en crisis	19
2. La Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros	21
3. Jesús y nosotros	23
4. El corazón identificado con Jesucristo	24
5. Perspectivas	27
6. Jesús, la Iglesia y el Mundo	30
III. EL CORAZON SACERDOTAL DE JESUS	
1. Jesús, el Enviado	34
2. El Buen Pastor que da la vida por los suyos	36
3. El adorador del Padre	37
4. Jesús llama y congrega a su Iglesia	39
5. El contemplativo de la vida	41